

RECUERDOS DE LA RECEPCIÓN BRASILEÑA DE HERBERT MARCUSE*

Recollections of the Brazilian Reception of Herbert Marcuse

PAULO ARANTES**

1

Oí hablar por primera vez de Marcuse en 1965, y aun así de forma indirecta. Sin embargo, hay que aclarar que no soy un buen sismógrafo: estudié y enseño filosofía desde hace 34 años en la Universidad de São Paulo, lo que no es una buena recomendación en materia de Teoría Crítica. En primer lugar, porque se trata de un Departamento de Filosofía fundado hace medio siglo por una misión cultural francesa que se renovó al menos hasta mediados de los años 80, y como es sabido, antes de 1968 Marcuse era prácticamente desconocido en Francia, y después fue menospreciado en su condición de ideólogo del movimiento estudiantil mientras duró el período izquierdista, y de ese modo despreciado por el *star system* local. En un país de cultura reflejo, como era y sigue siendo la norma en países periféricos como el nuestro, era de esperar que el aprendizaje de la sensibilidad filosófica siguiera las fluctuaciones de los preceptos y prejuicios de la metrópoli de turno en materia de cultura letrada. Por lo tanto, el hibridismo francfortiano carecía de espacio en el canon filosófico francés de aquellos tiempos, en el que solo se admitían historiadores de la filosofía y epistemólogos, además de otras variantes subsidiarias de la filosofía profesional. En segundo lugar, porque el ambiente universitario de entonces, a pesar de ser un ambiente de oposición (primero anti-oligárquico; después de 1964, obviamente, antimilitarista) y mayoritariamente de izquierdas, además de marxista, era tan constructivo –otro imperativo propio de la periferia, condenada a superar el subdesarrollo para no ser relegada a la condición de nación paria– que paradójicamente se había vuelto impermeable a la negatividad característica de la Teoría Crítica, para los pocos que tenían alguna noticia de ella, una crítica sentimental del capitalismo.

* Testimonio recogido por Isabel Maria Loureiro y Carlos Eduardo Jordão Machado, destinado a un posible lector alemán, con motivo del centenario Brecht/Marcuse, Instituto Goethe, São Paulo, junio de 1998, publicado en Paulo Arantes: *Zero à esquerda*. São Paulo: [s.n.], 2021: 211-217.

** Universidade de São Paulo (Brasil).

2

Como en el resto del mundo, la agitación estudiantil y sus ramificaciones culturales abrieron las puertas a Marcuse a partir de 1968. Sin embargo, abrieron las puertas equivocadas. Es cierto que no abrieron las de los profesores, que seguían torciendo el semblante ante esa filosofía *pop*. Sin embargo, incluso la puerta correcta del radicalismo de los estudiantes que se rebelaban contra el régimen militar promovía un equívoco, que por cierto no era exclusivo nuestro. Al igual que en el resto del mundo, Marcuse –o lo que se hacía pasar por tal– había sido reincorporado a la tradición leninista, cuyos límites históricos fueron señalados por primera vez por los francfortianos en 1937, por no hablar del veredicto definitivo en la inmediata posguerra. Subrayando aún más el desacuerdo al que me refiero, resulta que la Nueva Izquierda brasileña, en su camino hacia la lucha armada de inspiración castrista, solo rompió con el enfoque gradual conciliador de la ortodoxia comunista para retomar lo que consideraba la teoría y la práctica de una Revolución Proletaria que estaba en camino y que además venía anunciada por la probable derrota del imperialismo en Vietnam. Aparte de este último episodio –la brutal externalización de la violencia propia de una sociedad de consumo en su más alto grado–, no se podría estar de modo más entusiasta en contra de la letra y el espíritu de *El hombre unidimensional*, y precisamente por eso obnubilados por las elucubraciones de un Régis Debray, por no mencionar la vulgata hispanoamericana de Althusser.

3

No faltaron quienes vieron en tal desacuerdo –veintitantes años después, claro está– una convergencia inesperada, a saber, entre la versión moderada o realista de la Teoría de la Dependencia (no por casualidad la versión que finalmente prevaleció) y el juicio más sobrio de Marcuse sobre el largo aliento del capitalismo avanzado, cuya supervivencia parecía asegurada mientras siguiera “ofreciendo la mercancía”. Los teóricos de la dependencia de la mencionada línea hegemónica, por su parte, mostraban que el mercado interno de los países periféricos se estaba internacionalizando, que, aunque dependiente, el capitalismo periférico tenía una dinámica propia que aún estaba lejos de haber dicho su última palabra, contradiciendo frontalmente las tesis de la Nueva Izquierda sobre el estancamiento, que convencida de la inexorable polarización de la economía mundial, resumida en la frase de Gunder Frank sobre el

“desarrollo del subdesarrollo”, se lanzó a la lucha (incluso armada) para cortar el nudo gordiano del dilema: o socialismo o regresión subcapitalista, es decir, fascismo de mercado, como más tarde definiría el economista Paul Samuelson al Chile de Pinochet. Con la debida precaución, cabría decir que Marcuse y los teóricos de la dependencia brasileños sumaban puntos disipando ilusiones de la izquierda. Dicho esto, se trata de una convergencia que nadie vio, además de puramente negativa, en torno a espejismos históricos que hay que evitar. Es que, estrictamente hablando, la Teoría de la Dependencia nunca fue propiamente una Teoría Crítica, sino más bien una Teoría Tradicional (en el sentido francfortiano del término), y por eso mismo desprovista de cualquier impulso emancipador, hasta tal punto que ya se ha dicho de los análisis de la teoría de la dependencia que no solo se desinteresaron de una crítica radical de la civilización capitalista, sino también –en el plano más cercano al vínculo orgánico con la práctica– que no solo eran incompatibles con las concepciones neoclásicas del comercio internacional como un campo neutral de ventajas comparativas recíprocas, sino –salvo en este caso– eran compatibles con cualquier política de izquierda o de derecha, siempre que fuera modernizadora e industrializadora. De hecho, fueron los mismos futuros teóricos de la Nueva Dependencia (no por casualidad la constelación intelectual que durante dos décadas inmovilizó la tradición crítica brasileña) los que se referían a la Escuela de Fráncfort como una distante lamentación metafísica frente a las antinomias de la Modernidad.

4

Siguiendo con el capítulo de los equívocos –que el lector no olvide que comenzamos con el disparate de una recepción franco-brasileña–, ¿convendría recordar que también en Brasil, claro que, impulsada por lecturas de segunda mano, se cometió la imprudencia de asociar a Marcuse –a quien un profesor francés de Brasil denominó “un apolíneo enfurecido”– con las manifestaciones locales de la Contracultura? Hasta el punto de ser confundido –y no solo por estos lares– con los personajes de la California de Edgar Morin. En cualquier caso, no deja de tener su gracia (creo que solo para un brasileño) ver a Marcuse (lector de Platón y Hegel, último filósofo de la Razón Objetiva) gravitando en la órbita de la “nueva sensibilidad” del tropicalismo, variante brasileña del *pop*. Y precisamente el autor de una de las críticas más amplias del capitalismo estadounidense como sociedad cerrada e íntegramente colonizada

por el brillo represivo de la forma mercancía generalizada, comenzando por lo siempre igual del *pop*.

5

De cualquier modo, esta apropiación indebida (y además superficial, como ya he recordado) reforzó un estereotipo, en función del cual se suele periodizar, desde hace algún tiempo, la recepción brasileña de la Teoría Crítica. Quedó establecido que Marcuse había sido, como mucho, una página superada en el primer capítulo de esa recepción retorcida, es decir, mentor de un vago anticapitalismo romántico, comprensible en los *años de plomo* de resistencia a la modernización conservadora impulsada por los militares, pero francamente fuera de lugar a la luz del reencuentro del país con su destino. Me refiero, por supuesto, a una periodización patrocinada por la repentina y amplia difusión entre nosotros de la versión habermasiana de la evolución (hacia ninguna parte) de la Escuela de Frankfurt. Aunque Marcuse no mereció un capítulo aparte en el *Discurso Filosófico de la Modernidad*, no cabía duda de que también él había perdido la esperanza de encontrar una chispa de racionalidad no instrumental en el nefasto curso del mundo, y por ello fue arrumbado entre nosotros (incluso antes de ser leído) como precursor del “irracionalismo”, término genérico – en el caso de las imitaciones brasileñas de Habermas – para patologías nacionales, entre ellas el populismo, el nacionalismo y un supuesto multiculturalismo innato. Como nunca brilló en el firmamento brasileño (excepto durante la fiebre del 68, e incluso entonces...), no se puede hablar de un eclipse de Marcuse, ni de un renacimiento del interés por él. O, mejor dicho, creo que pronto será leído por primera vez, por fin.

6

Con este ajuste armonioso entre la *Teoría de la Acción Comunicativa* y la actual etapa de ansiedad modernizadora en la vida ideológica brasileña, podemos decir que el desajuste crónico entre la Teoría Crítica y la experiencia nacional llega a su fin, un desajuste que, como hemos visto, perjudicó la recepción de Marcuse entre nosotros. La economía mundial ha dado un giro a la derecha, un golpe colosal que nos ha derribado, una reversión que no es la primera en nuestra historia y que siempre ha contado con el apoyo entusiasta de las élites locales, quienes una vez más se prepa-

ran para sacrificar otra generación al mito del ascenso del país a los niveles superiores de la vida moderna. Este es un síndrome recurrente, la sensación algo subalterna de vivir en un país imperfecto, que necesita erradicar sus deficiencias sociales, salir de su desviación y finalmente entrar en los ejes de la normalidad capitalista dictada por los países centrales. Una normalidad que, de este modo, deja de ser criticada y vista como una amenaza para la supervivencia de la humanidad. Es comprensible que, en estas circunstancias, los cambios de paradigma sean siempre bienvenidos, sobre todo si pretenden desbloquear los espíritus en dirección a nuestra modernidad siempre inacabada. Por lo tanto, el Gran Rechazo no es algo que vaya con nosotros, salvo el día en que se descubra que el futuro ya ha llegado y que eso es precisamente lo que estamos presenciando: la desintegración social impulsada por el programa suicida de la economía globalizada. Cuando esta experiencia sin precedentes finalmente cristalice, Marcuse será comprendido en toda su verdadera dimensión.

Traducción del portugués: José Antonio Zamora